



Un verano de aprendizaje

Alguien dice tu nombre

Luis García Montero
Alfaguara, Madrid, 2014
226 páginas, 18 euros

Por Javier Goñi

NARRATIVA. LUIS GARCÍA MONTERO, excelente lector, buen poeta, interesante novelista, reconocido profesor universitario, echa mano para el pórtico de gloria de su novela de una cita de Gil de Biedma, en la que se habla de juventud, verano, un viaje a París y de una hermosa historia de (casi) amor, y lo hace para escribir una novela que se inicia con ritmo pausado, con un tono desconcertante incluso: el lector tarda unas cuantas páginas en darse cuenta de que esto va mucho más allá de la historia de un joven universitario que se convierte en ocasional vendedor de enciclopedias en Granada, en el caluroso verano de 1963.

El autor nos deja, de pronto, en otro texto, en una suerte de emotiva novela de aprendizaje, del despertar de una vocación de un joven escritor que se inicia a la vida, que la ha intuido previamente en los libros viviéndola, esa vida, para poder luego escribir(la), un verano aquel, el de 1963, iniciático como el de 1942, y unos años antes —otras voces, otros ámbitos, un país, un paisaje, diferentes totalmente— de *El graduado*, la película. Un verano donde el joven, accidentado vendedor de enciclopedias, en cómodas y asequibles cuotas mensuales, veinteaño con vocación de escritor, descubre el amor, se inicia en el sexo, en los brazos de una mujer si no madura, si mayor que él: 17 años más, un mundo, un que dirán.

Hasta aquí lo que puede decirse de esta novela, lo evidente, lo superficial, epidémico —que no superfluo—, pero debajo de ese paisaje, de esa pintura de un verano caluroso y granadino, el de 1963, hay otro paisaje, otras vidas, otras historias, otros pasados —esa losa *guerracivilista* tan próxima por callada—, otros modos; y el autor levanta suavemente la cortinilla, nos deja pasar dentro y ahí, al otro lado del espejo, nos muestra otra realidad, lo que son verdaderamente casi todos los personajes de fuera. Y todo contado con gran habilidad, yendo de un plano a otro con tanta pericia que, de pronto, el lector que creía estar en una novela se encuentra, para su sorpresa, que está en otra muy diferente, y lo que en una, en la primera, parecía una cosa, resulta ser otra, otra cosa más, y todo casa, tesela a tesela. El mosaico adquiere así otra apariencia, otro sentido. Y el lector, cómodo, asume la perplejidad del protagonista, aprendiz de hombre, que se va enredando en la maraña y acaba por encontrar su propio camino entre la maleza, y disfrutar de ambos lados del espejo, de las dos caras. Y así el texto de Gil de Biedma adquiere sentido —hasta una canción de Brassens— y envuelve todo él aquel verano, donde, por cierto, concesión de *letraherido*, dos libros, uno de ellos una novela de Marsé, tienen un papel —fuese cual fuese su peso— decisivo en una de las escenas eróticas más intensas y originales que uno ha leído en la narrativa española más reciente: bueno, que uno sepa. •



Lorenzo Silva retoma su serie policiaca con el brigada Bevilacqua y la sargento Chamorro. Foto: C. Bautista

Detectives de compañía

Los cuerpos extraños

Lorenzo Silva
Destino, Barcelona, 2014
352 páginas, 18,50 euros (electrónico: 9,99)

Por J. Ernesto Ayala-Dip

NARRATIVA. RETORNA EL BRIGADA Bevilacqua y su ayudante, la sargento Chamorro, ambos de la Guardia Civil, a ocuparnos en una de sus investigaciones. Los lectores de novelas policiacas tenemos nuestros detectives predilectos. A algunos incluso los extrañamos si pasan mucho tiempo sin aparecer por nuestras vidas. Roland

Barthes confesaba que una de sus pasiones nocturnas era irse a la cama con dos novelas, una de Émile Zola y otra policiaca. Algunos detectives nos hacen compañía, y, a veces, mediante las tramas en las que se lían, parece que dialogáramos sobre el mundo y las personas que lo habitan. Esta es mi filosofía sobre la novela negra, policiaca o de intriga. Después viene el proceso de jerarquización y descartar. Lorenzo Silva (Madrid, 1966) está entre mis preferencias literarias españolas. Tanto si escribe una novela policiaca, como si un libro de relatos o una novela generacional. Intento comparar esta nueva novela con las anteriores con los mismos protago-

nistas y no puedo decir que esta sea la mejor. Puede darse el caso de que recuerde casi con exactitud *El alquimista impaciente*, *La niebla* y *la doncella* o la anterior, *La marca del meridiano* (Premio Planeta en 2012), pero cada entrega tiene su sello personal y un elemento (su clave poética) que la hace característica. En *Los cuerpos extraños*, Silva se inclina para que su centro de gravedad moral sea la clase política española, sus casos de corrupción. Pero esta novela, como sucede con todas las suyas, incluidas las no policiacas, inciden en la confrontación psicológica. El asesinado de una alcaldesa de un pueblo del Mediterráneo da pie a una indagación, que, como en todos los casos de Bevilacqua y Chamorro, termina siendo un contrapunto entre el mundo de las apariencias y el de los secretos inconfesables o delictivos. O los dos a la vez. Esta vez la sargento Chamorro arrastra bajo su apariencia de funcionaria responsable y competente un drama privado, tan triste como irresoluble. Mientras Bevilacqua mantiene su inteligencia instintiva para verlas venir.

Lorenzo Silva es un maestro en los diálogos. Siempre es una gozada ver a nuestro brigada cruzar palabras con sus sospechosos, y esa cómplice coordinación con su sargento para barruntar la maldad. A veces tengo la sensación de que las novelas policiacas de Silva funcionan como una serie de autobiografías, con esa pulsión de curiosidad e inquietud por sí mismo y por el mundo que lo rodea. Para terminar: encontré en la página 273, segundo párrafo, una oración que no entendí. Puede que el desliz, menor, sea del autor, pero los editores tienen la última responsabilidad de que los libros salgan perfectos. Por lo demás, lo dicho, que el brigada que gustaba de leer en su juventud a Stendhal y Rilke nos siga consolando con su sentido de la justicia, la sentimental y la moral. •

Gravedad sin perplejidad

Modo linterna

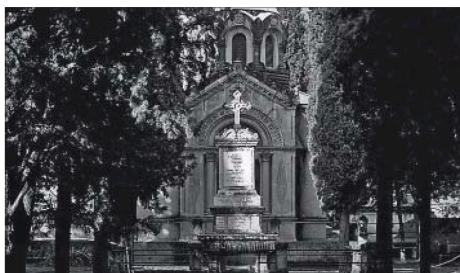
Sergio Chejfec
Candaya, Barcelona, 2014
224 páginas, 16 euros

Por Francisco Solano

NARRATIVA. SI LOS ANTERIORES LIBROS de Sergio Chejfec (Buenos Aires, 1956), publicados por Candaya: *Baroni: un viaje* (2007), *Mis dos mundos* (2008) y *La experiencia dramática* (2012), admitían refractariamente su adscripción a la novela, los textos de *Modo linterna*, híbridos de crónica, autobiografía y ensayo, tampoco se avienen a la convención del relato. No es que la adhesión no condicional a un género, a estas alturas, importe mucho, pero la escritura de Chejfec suscita cierto revulsivo que obliga a no dejar fuera ninguna cuestión. Lo que permanece en estos textos, con un protagonismo en ocasiones exasperante, es la figura del narrador, sobre quien pivotan las oscilantes reflexiones al albur de una "irradiación discontinua". Un narrador que, en el proceso de ajustar o desmentir lo que escribe, se desentiende de las señales de indicación que permitirían sospechar un sentido. No obstante, expone una topografía de sensaciones —ensambladas por la introspección y la conjetura— que constantemente apela a un significado que se escapa.

Podría decirse que estos relatos son una tentativa de desplazar el crédito que se concede a la ficción como representación de la experiencia. Aquí la ficción se disuelve, y con la disolución queda un registro de la realidad —no resultado de una mirada, sino de una sinuosa especulación— que se acoge a la digresión, desligándose de lo dramáti-

co y asociándose a lo conceptual. Chejfec ha declarado en alguna entrevista: "La literatura es lo único que se escribe sin ningún motivo y sin ninguna función". Una aseveración nada fácil de asumir, pero que delata en el escritor argentino una propuesta no de regeneración, sino de otro estatuto, aunque su enunciado no deja de ser igualmente funcional. Sorprendentemente Chejfec ha obtenido, y sigue obteniendo, una notoria recepción que agracia a sus valedores con una aclamación ditirámica que coloca su literatura en un rango de excelencia, de modo



Modo linterna toma su título de la acción del relato 'Una visita al cementerio'. Foto: B. Pérez

que la reserva a su escritura se sitúa en una falsa impugnación. Personalmente (valga esta vez la indiscreción) no logro advertir el hipnotismo que al parecer despliega "su particular estilo cadencioso y envolvente", al decir de sus editores. Lo que se produce, más bien, es una atracción retráctil, quiero decir interés y reatracción del interés a medida que se avanza en su lectura. Una frase del primer cuento, 'Vecino invisible', acaso dé cuenta de lo que intento decir: "Habitar el mundo produce cansancio y melancolía, vivir empeora las cosas, y cuando notamos que nuestro sitio es impreciso y todavía

más, indecidió, nos rendimos sin ilusiones ni resistencia". Estamos en la segunda página, y en una literatura que se presume indagatoria esa generalización no se impone precisamente por su agudeza. Pero, fuera de estas máculas, no cabe dudar de la solvencia reflexiva, o más bien de la complicación del campo de observación que conecta lo trivial con lo que, apoyándose en Henry James, Chejfec llama "la atmósfera de la conciencia". Y es por ahí, en efecto, por donde el lector puede "respirar" ese desajuste del narrador entre lo que ve y la idea de lo que ve, que en el relato 'El seguidor de la nieve' encuentra su más atemperada expresión al apreciar en un revoltijo de copos "una tranquila argumentación que busca convencerlo". Algo semejante le sucede al lector,

quien entra también "en un estado similar al abandono". Extraña experiencia, sin duda, que no se había despedido al revelar que *Modo linterna* del título se refiere a la función de luz del móvil, operación que aparece en el cuento 'Una visita al cementerio' cuando se necesita iluminar un estrato de la tumba de Juan José Saer que visita un grupo compuesto por un teólogo, un narrador y un ensayista, al que se agrega un músico. La idea misma del apoyo técnico para descubrir una ausencia resulta perturbadora, pero se trivializa al mezclarla —sin cinismo, pero también sin humor— con las fotos del ensayista a Colita, un oso de peluche. Hay en la prosa de Chejfec una gravedad intelectual a mí parecer impostada en su afán de no conceder a la perplejidad ninguna atribución sensorial. Su narrador es siempre muy reflexivo, pero se deja socavar por los mecanismos de la reflexión, lo que desenfoca su objeto volviéndose sobre sí misma. A Chejfec hay que leerlo haciendo pausas, como merodeando el texto, tal vez distraído, con una actitud parecida a la que expresa el protagonista del relato 'Novelista documental': "Una vez admitido lo imposible, a mí todo me parece lógico". •